

TÍTULO: *Confesiones de un carnero*

SEUDÓNIMO: Alex Harker

A veces pasa que nos resultan especiales las historias de los demás sin darnos cuenta de que cada uno de nosotros tiene otras mucho más interesantes. Nuestras vivencias diarias pueden ser increíblemente más emocionantes que muchos de los relatos elaborados por los más admirados narradores pero la costumbre nos hace incapaces de separarnos de ellas para poder disfrutarlas. Bastaría con un poco de distanciamiento para que pudiésemos descubrir literatura ejemplar en nuestras vidas cotidianas. Yo mismo he de confesar que no encuentro interés alguno en las historias de mi trabajo y que cada nueva anécdota, cada caso, me recuerda al anterior. Cada vez hay menos variedad en la mente criminal, menos sorpresa cuando desenlazamos al fin toda la madeja de la trama; o tal vez sea mi experiencia la que me obligue a pensar así. Para mí no existe ya la sorpresa ni el escándalo. Por esto digo lo de las historias cotidianas, porque a pesar de mi desencanto, aún no me he acostumbrado a ver una y otra vez reacciones insospechadas entre mi audiencia cuando cuento estas curiosidades que he vivido en más de veinte años en la Brigada de Canibalismo y Desgarro de la policía local. Sí, puedo decir con orgullo que soy lo que vulgarmente se llama un “carnero”.

En principio nuestra disciplina nos prohíbe contar las cosas que vemos y vivimos. Nos debemos a un estricto y Real juramento que exige confidencialidad y respeto por las víctimas e incluso por el agresor. Esto es muy lógico: con un poco de esfuerzo se entenderá este respeto que también el agresor merece, incluso en favor de la víctima. Pero, lo admito sin tapujos (sé de lo que hablo), el canibalismo y desgarro son, han sido, y serán hasta el fin de los tiempos, objeto de curiosidad macabra, el punto donde se unen nuestros instintos más

primarios con las peores de las pesadillas, la rendija por la que se asoma el morboso que todos llevamos dentro. Me atrevería a decir que sólo nosotros los carneros somos los únicos seres humanos (no exagero) exentos de cualquier curiosidad en esta materia. Ya digo, que me aburro mientras cuento estas historias y que intento no rendirme a la insistencia de este público siempre exigente cuando descubre mi casi secreta profesión.

Confesaré algo: creo que no me equivoco al recordar que también yo tuve la tentación de tener los ojos abiertos más tiempo del necesario cuando tuve que enfrentarme a mi primer caso. Era joven y me acababan de destinar, obligado, a esta sección (diría que son pocos los que vienen aquí por vocación). Esa primera misión fue espeluznante, bárbara. Sangre por todas partes, llantos sordos, vísceras diminutas pegadas a la pared... De nada sirvieron las clases preparatorias de los psicólogos ni las advertencias de los superiores ni que me dijeran que era uno de los casos más comunes, como así he comprobado después. A esos los tenemos bien categorizados, ocurre tan a menudo... los padres que devoran a sus hijos (partes de ellos, se entiende) son muy habituales hoy en día. No tanto como los que los venden para que sean devorados, aunque me atrevo a decir que poco a poco estas dos tendencias han ido igualándose y no me extrañaría que las futuras generaciones de carneros tuviesen que luchar contra ambas por igual.

Siempre va así, ya se sabe, la ley del péndulo. Esto se aplica también a los miembros. Cuando yo empecé, sin ir más lejos, estaban más de moda (si se me permiten estas formas) las extremidades, tanto en sus dimensiones superiores como inferiores. Ahora se llevan los órganos internos, lo cual es una guarrada porque son de regeneración más difícil, como todo el mundo sabe. Del extranjero han venido modas curiosas. A finales de la década pasada fueron bastante frecuentes los casos de amputación ocular. Sólo los ingleses podían inventar algo así. De Alemania llegó, y todavía perdura, la tendencia (improductiva donde las haya) a

cortar narices. Y qué decir de la amputación de los párpados, tan común desde hace siglos en las Américas. Colegas míos de otros continentes pueden contar cómo en África se mantienen tradiciones milenarias de amputación genital, masculina y femenina, o cómo los esquimales han sido doctos en amputación capilar con fines religiosos. Existe una respuesta lógica, estudiada por sociólogos e historiadores, que explica por qué los chinos han sido siempre expertos en el delicado arte del desgarro epidérmico. Y verdaderamente lo son: aquí hemos tenido algunos casos (siempre mafias) con cadáveres despellejados de arriba abajo sin un solo rasguño en aquello que no fuese piel. Otro ejemplo: la vieja fijación de los españoles por la amputación de las uñas tiene su explicación, si no su origen, en la mismísima Inquisición. Mis homólogos franceses tienen una sección especializada en decapitaciones. Un caso más viene a mi cabeza: la sutil y perfecta desmembración descompasada de los países nórdicos, cuyo origen, por obvio, no merece explicación.

Las estadísticas confirman que los carneros dedicamos la mayor parte de nuestras investigaciones a una de las delincuencias que menos nos gustan. Se trata con frecuencia de trabajos sucios y difíciles, enturbiados por las mafias y la oscuridad del mundo de la noche, siempre lleno de obstáculos. Hablo naturalmente de los “profesionales” que viven de su cuerpo, de la gente que tiene como forma de vida la venta de partes de sí mismos. Normalmente se suele pagar según el interés que despierte la parte del cuerpo a cercenar. Este valor también está determinado por diversos factores, desde el dolor que produzca la desmembración hasta la dificultad de regeneración. Así, no se paga lo mismo por una oreja que por un juego de uñas. Lejos quedan ya los tiempos en los que se cobraba al peso. Un último factor determinante en el precio del producto viene dado por el número de mutilaciones que haya sufrido el miembro con anterioridad: cuantas más veces se haya regenerado más se suele pagar. Millonarios excéntricos, aquí en nuestro país, han llegado a

dar fortunas por un pecho de sexta regeneración. ¿Recuerdan el caso de aquella célebre estrella del cine sorprendida en pleno ritual de descuartizamiento? Fue un caso horrible de explotación de lujo, y también uno de descarado intrusismo profesional al intervenir la prensa en una investigación que teníamos a punto de zanjar. Añado aquí que también hemos visto casos de mujeres que se han dejado sesgar hasta cuatro y cinco veces las mismas partes de sus cuerpos por una miseria.

En los últimos años el mercado se ha enriquecido con la llegada de inmigrantes de todos los países del mundo. Intuyo que se han creado clases dentro del gremio y profesionales de nuestro país me cuentan cómo ya no se dejan arrancar ciertas partes porque las extranjeras lo hacen por mucho menos dinero. Dicen que incluso no les importa dejarse masticar partes que no han sido arrancadas. Contra esto es muy difícil luchar, digo, porque no hay ningún control y verdaderamente nos sentimos desbordados.

Otro de los grandes retos del carnero de nuestro siglo nos lo plantea el incesante y prolijo tráfico de miembros y órganos. Suelen venir detrás de estos negocios las más nefastas mafias que exportan el género desde países menos afortunados donde por una miseria se pueden conseguir los órganos que necesitan los enfermos de nuestro llamado primer mundo. No recuerdo ahora en qué país de Sudamérica se hizo una batida en una granja de órganos donde se detuvieron decenas de personas y se rescataron cientos de muchachos y muchachas jóvenes secuestrados y atrapados como gallinas que ponen huevos. He de hacer notar que en los últimos años el tráfico de miembros y órganos en nuestro país no se centra tanto en la importación y que cada vez más los enfermos de insuficiencia regenerativa con poderes intentan encontrar sus miembros y reponer sus taras con producto nacional. Si bien suele ser más caro, esto presenta algunas ventajas para el infeliz cliente y evita problemas como los que se han dado cuando, por ejemplo, un nacional se ha comprado un par de ojos orientales y

ha sufrido las consecuencias irreversibles del rechazo de su cuerpo. Las sucias clínicas ilegales en las que se suelen hacer estas operaciones constituyen el verdadero peligro del tráfico de miembros y órganos, más allá de la explotación social de la que tanto se habla. He llegado a trabajar con clientes de estas mafias que han denunciado a sus procuradores (y de paso a sí mismos) por proveerles e implantarles miembros de personas de otras razas o sexos. Les he visto llorar, convertidos en Frankensteins y arrepentidos de su pecado.

En este punto de la narración suelo siempre intentar llegar a la fibra más sensible de mi audiencia, para dar un momento de respiro también. Esta es una norma imprescindible en cualquier buen narrador. Notarán aquí que no soy un primerizo en esto de contar historias de carneros. Decía que es momento de pensar en aquellos para los que el desgarrar supone un problema serio, de vida o muerte en muchas ocasiones. Terrible como es la castración de un niño inocente, no olvidemos que tiene energías y tiempo para la regeneración. Mejor aún si hablamos de bebés, que no tienen que pasar por ningún trauma. Para las personas mayores, sin embargo, todo es mucho más difícil y en ocasiones imposible. Si no es la primera vez que se enfrentan a un proceso de regeneración el cuerpo no responderá con eficacia, quién no ha tenido un familiar que no haya muerto por déficit regenerativo. Hace unos meses tuvimos un caso que rompió el corazón de los carneros más experimentados de nuestro departamento. Hacía años que yo no veía lágrimas en nuestros vestuarios pero fue inevitable dejarse golpear por la desazón y también la sensación de culpa, de no haber sido capaces de llegar unas horas, minutos, antes a la escena del crimen. Debimos haber creído esa llamada anónima que nos advirtió, pero, ¡son tantos los bromistas! Debimos haber escuchado a los vecinos que nos avisaron del mal olor que durante días había desbordado sus viviendas. Cuando llegamos era tarde. La pobre viejecita yacía inmóvil en el suelo de su salón y su infeliz esposo, loco de amor y aterrorizado de ver apagada la vida de lo único que tenía en este mundo,

espasmoteaba náufrago en un charco de su propia sangre. Sólo en un arrebato de amor senil se le pudo ocurrir que arrancando su corazón podría devolver la vida de la que le había querido y cuidado tanto tiempo.

Estas son las desgracias de mi trabajo. Aclaro que también tengo alegrías alguna vez que otra y, precisamente por ser tan poco habituales, son tan satisfactorias. Algunos compañeros piensan que no exhibo con suficiente orgullo una valiosísima medalla bañada en oro con la que premiaron mi “astucia y valor, la dedicación absoluta y la incondicional entrega” con la que resolví uno de los más duros casos de mi carrera. Mis más amigos saben que luce triunfal en la pared de mi salón, encima de la chimenea. Muchas han sido las discusiones con mi esposa para que me dejara llevar la medalla en el uniforme, pero siempre ha acabado por convencerme de que era demasiado valiosa para arriesgar manchas inoportunas. Ella siempre me ha reprochado que mi tesón en el oficio me haya apartado tanto del hogar y haya hecho que me pierda momentos importantes en la vida de mis hijos, desde la caída de los primeros dientes hasta sus primeras menstruaciones. Debe ser difícil ser la esposa de un carnero.

He sorprendido varias veces a mi esposa mirando con orgullo la pared de la chimenea pero sé que al principio le costó reponerse de mi implicación en ese terrible caso. Fue, y lo digo con modestia, una generosidad muy grande, pero la única manera de acabar con uno de los peores caníbales en serie que recuerda nuestra historia. Sólo cuando llegué a su guarida y encontré a sus víctimas agonizantes, con partes de sus cuerpos ya podridas, entendí que el sacrificio era ciertamente la única forma de acabar con tan terrible criminal. No tuve ningún reparo en ofrecerme como cebo y no he reprochado jamás a mis compañeros que no pudiesen llegar a tiempo para rescatarme. Lo sentí sólo por mi esposa, que fue en todo momento una perfecta enfermera durante mis dieciséis meses y dos semanas de baja. Ahora que ha pasado

el tiempo, que tengo a los niños crecidos y me estoy quedando calvo, miro atrás con satisfacción y me digo: “volvería a hacerlo”.

Por lo que respecta a las relaciones entre la desmembración y las nuevas tecnologías, he de reconocer que me han pillado demasiado viejo y me limitaré a no declarar nada que pueda comprometer a mi brigada. Si está bien o no que unos padres manipulen los genes de su futuro bebé para que nazca con el páncreas que le falta a su otro hijo, yo lo desconozco. Sé que en ocasiones se nos acusa a los carneros de falta de sensibilidad con el tema del canibalismo pero créanme cuando les digo que nadie conoce esta parte del comportamiento humano tan bien como nosotros, ni siquiera los jueces, me aventuraría a decir. Debo admitir mi irritación cuando oigo que se nos acusa de desinterés en el aspecto moral de la cuestión. Por supuesto que somos conscientes de los orígenes del canibalismo pero no queremos olvidar las consecuencias que éste conlleva, porque las vivimos. Personalmente he presenciado muy de cerca, en varias ocasiones, historias de padres que se veían forzados a amputar sus nalgas para alimentar con ellas a sus hijos. Peor me parece el caso contrario: he llegado a sorprender a una madre mientras devoraba a su criatura, ignorando los gritos demoledores del pobre bebé, que debía estar también hambriento y sin fuerzas para una regeneración sana. Por eso digo que me opongo a las falsas teorías de compasión con el caníbal. Y, ¿qué me dicen del llamado “antropofista”? La semana pasada sin ir más lejos tuvimos la última redada en otro de esos bares horribles a los que acuden los que desean ser devorados vivos y sus torturadores. Ahora suelen incluso hacerlo en un escenario mientras otros contemplan el espectáculo. Mientras deteníamos a los caníbales y a sus presas algunos ciudadanos nos gritaban desde las calles y nos recordaban que en algunos países esta práctica es legal siempre y cuando no se engullan órganos vitales. Otros nos insultaban y nos decían que devoradores y devorados

no hacen daño a nadie y simplemente se dan placer entre ellos. A estos me gustaría recordarles que los gastos médicos de estas orgías acabamos por pagarlos todos los ciudadanos honrados. En general, de todos modos, debo decir que en estas redadas suele recibírsenos con aplausos y vivas, y que son muy satisfactorias para todos los carneros. Y un trabajo limpio, lo crean o no.

Por qué ocurren estas barbaridades es algo que yo no sé. Cierto es que la miseria, la ignorancia, las malas costumbres en definitiva, propician que casos como los que he relatado hayan venido ocurriendo desde que el hombre es hombre y la mujer es mujer. Pero se equivocan los que piensan que sólo se da entre las clases más humildes. Ya se habrá visto en esta narración que la antropofagia la practican por igual ricos y necesitados, cultos y analfabetos, no insistiré más. Discrepo de los teóricos que creen que todo esto es consecuencia de la opresión de unas clases con otras y que un mundo sin antropofagia sería posible en un mundo sin lucha de clases. También andan desencaminados los que creen que está en manos de la justicia acabar con esta degeneración heredada de tiempos remotos y no interrumpida nunca, ni en las épocas más oscuras ni en las de más esplendor. Tal vez convendría aceptar que la, permítaseme, condición humana, ha venido con imperfecciones y que son estas fisuras las que la hacen tan rica y desconocida, que por eso es tan apetecible. Es lo que he visto con mi trabajo, así somos: primarios a la vez que complejos, tan frágiles y maleables que se nos podría inventar mil veces y seguiríamos siendo los mismos. Esta es mi humilde opinión.